

Asuncion en cuerpo y en alma á los cielos es el misterio de sus glorias, ¿podemos dudar de que sea el misterio de nuestras esperanzas? Si tanta gloria, ¡cuánto poder! Si tanta gracia, ¡cuánto consuelo! Si tanta misericordia, ¡cuánta voluntad! Es este misterio el de nuestras esperanzas, y ved cómo lo dice Santo Tomás de Villanueva: «Lo es, porque hoy queda glorificada Aquella por quien el mundo fué redimido, despojado el infierno, aplastado el demonio y abiertos los cielos; queda glorificada Aquella por quien Dios descendió al hombre, el hombre subió hasta Dios, quedó destruida la muerte, el pecado abolido, restaurada la gracia y proscribida la miseria. La que reparó la ruina de los ángeles, lleva la vida á los hombres, derrama la salud en los enfermos, da libertad á los cautivos, y coloca en los cielos á los indigentes. Hoy queda glorificada la alegría de los ángeles, la corona de los hombres, la gloria de las mujeres, el ornamento de toda la Iglesia, la única esperanza nuestra que reside á la diestra de su Hijo, y la bendita por toda la eternidad (1).»

Hasta aquí el Santo, y hasta aquí yo. Católicos, no será coronado, no será glorificado sino el que pelear; Maria luchó y fué coronada y es glorificada. Religiosos congregantes, amad á la Virgen, que ha subido á los cielos; ensalzadla en el misterio de sus glorias para que realice vuestras esperanzas en esta vida, y despues que sea Ella para todos nosotros nuestra diadema con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, en la inmortalidad. Así sea.



(1) Sermon de Asuncion.

DISCURSO XXXIV.

Asuncion y coronacion de la Virgen.

*Quæ est ista quæ ascendit de deserto,
deliciis affluens, innixa super dilectum
suum?*

(Cant. viii, 5.)

No hay cosa más halagüeña y consoladora para el hombre que la verdad, y la verdad se la enseña el Cristianismo; de los labios del hombre sale solo la mentira, dicelo el Espíritu Santo. *Omnis homo mendax*. Pero lo que dice Dios, lo que Dios establece, lo que Dios ordena, todo es verdad, porque *Deus veritas est*. Es la verdad absoluta, la verdad inmutable, la verdad innegable, la única verdad tras la que la criatura puede correr, y por la que puede suspirar. Pero esta verdad que para ser abrazada, para ser comprendida y para ser amada de nosotros, necesita, digámoslo así, sensibilizarse, dispone la misericordia divina que nosotros la recibamos y la bebamos en los riquísimos afluentes del Cristianismo; esa magnífica realidad que al manifestársenos como fruto sacrosanto del árbol de la Cruz nos hace sentir todo lo saludable, todo lo infecto, todo lo pernicioso que fué á la humanidad el fruto del árbol del Paraiso: el Cristianismo, que es como el gran libro donde el Espíritu Santo ha escrito con sangre del Hombre-Dios todo el poder del Sér Supremo, todo el amor del Verbo encarnado, toda la pequeñez del corazon humano, y la historia completa de los prodigios que el Omnipotente ha obrado con el solo fin de engrandecer y de santificar este mismo corazon: el Cristianismo, que es como una segunda creacion, pero espiritual, que arranca al hombre de la abominacion, de la desolacion y del pecado: pues bien; el Cristianismo, bendita sea la misericordia de

Dios, todo nos lo enseña y en todo nos confirma: un principio con extremos, y alumbrándonos con la fe, y sosteniéndonos con la esperanza, nos explica perfectamente el origen de nuestro mal y el origen de nuestro bien.

Nos pone á la vista una mujer pecadora, carne de la carne y hueso de los huesos de un hombre que se perdió y nos perdió por creer que llegaría á ser como Dios. *Sicut dii*. Nos señala al mismo tiempo á un Dios que se hace hombre, pero sin dejar de ser Dios; y que toma carne, y sangre, y huesos, y todo de la sustancia de una mujer que Él se habia formado; de manera que si la historia del mundo se contiene en estas dos palabras: Adán y Eva, la historia del Cristianismo, el Cristianismo todo, católicos, puede decirse que está contenido en esta fórmula santa: Jesucristo y María.

¿Y podremos alguna vez separarlos? Imposible, amados de mi corazón. María nace, María vive, María crece, y allí está Jesucristo; María es esposa, es Madre, es viuda, y allí está Jesucristo. María padece, María queda sola, María muere, mejor dicho, descansa; es arrebatada á las alturas, es coronada en la gloria, pues allí está Jesucristo.

Por otra parte, Jesucristo es concebido, Jesucristo vive, predica, padece, sucumbe, resucita, sube á los cielos: pues allí está María.

Pero ¿nos será posible encomiar aparte sus grandezas, y cantar separadamente sus alabanzas? Y ¿por qué no? Ni obsta para ello la gran distancia que media entre el Verbo, que es divino, y María, que es humana; entre la grandeza de Jesús, que es absoluta, y la de María, que es relativa; entre todo lo que es Jesucristo, que lo es por sí mismo, y cuanto es María Santísima, que lo es por Jesucristo. Además, que cuanto más se alaban, y se publican, y se pregonan las excelencias de la Madre, tanto más se reverencia al Hijo; y cuanto más se prediquen las glorias y los triunfos del Hijo, tanto más llegan á conocerse los triunfos y las glorias de María. Precisamente nos hallamos en el día de esos triunfos; precisamente la Iglesia, el pueblo cristiano, celebra la subida de la Virgen, y la llegada de esta excelsa Viajera, de esta Peregrina inmaculada, á la pátria celestial á recibir en gloriosa Asunción y en coronación triunfal la recompensa de todos sus merecimientos. Misterio de lágrimas, misterio de regocijos, misterio de triunfos.

Y ¿qué digo yo de este misterio? *Quæ est ista?* ¿Quién es esta de quien yo, pecador de mí, tengo que hablaros en esta mañana? ¿Qué os digo? Nada, muy poco. Se trata de Asunción y de Coro-

nación; pues vamos á considerar en este breve rato quién es la que sube, cómo sube y para qué sube. *¿Quæ est ista?*

Si acierto á decir alguna cosa, me tendré por muy dichoso.

Ave Maria.

Cuando el sacerdote católico, por muy indigno que sea, se vé en la necesidad de hablar de la Virgen, encuentra su alma combatida de dos afectos diferentes: son el temor y el deseo. El temor, porque, á la verdad, ¿qué dirá el hombre de aquella criatura á quien alaban los astros de la mañana, y cuya hermosura admiran sin descansar el sol y la luna? ¿Qué dirá, cuando la increada Sabiduría en las sagradas páginas parece que agota cuanto pudiera decir de María, se derrama en raudales copiosos de celestial dulzura, y cuanto expresa queda como la introducción, y nada más, del inmortal panegírico que de su Hija muy amada pronuncia la misma Divinidad? ¿Qué dirá, cuando los Padres de la Iglesia han torturado su inteligencia, han dado toda la expansión posible á su alma, han dejado correr su pluma, han dado libertad á su lengua para cantar, para glorificar á la Madre de Dios, y por último, después de tanto decir, han tenido que enmudecer? ¿Qué dirá, cuando la Iglesia, hija de la sangre del Corazón de Jesús, discípula del cariño del Corazón de María, que la reverencia como su Reina, que la ama como su madre, que la oye como su maestra, que la sigue como su guía, no ha sabido ni ha podido hacer otra cosa que colocarla junto al mismo Dios? Hed aquí el temor.

Pero el temor no debilita, antes con él acrece el deseo: María Santísima es una necesidad, pero muy apremiante, del corazón cristiano, al mismo tiempo que es el poderoso recurso, el recurso universal, después de Dios, que remedia todas las necesidades de este agitado corazón. María Santísima es un deseo para el pecador que quiere amarla algo; es un deseo para el justo que quiere amarla más, muchísimo más, es una esperanza para todos nosotros: María Santísima es un deseo que no destruye, que no agita, sino deseo que robustece, que vigoriza; aspiración que en sí misma se cumple, y deseo que en sí mismo se realiza. Por eso, entre los cristianos, de María se ocupa el pensamiento, se ocupa la inteligencia, se ocupa la memoria, se ocupa la voluntad, el espíritu, todo; ni puede ser de otra manera, porque la Señora es la reunión de lo bello, de lo sublime y de lo santo.

Pero es de notar que tanto mayor aparece, cuanto más invisible, cuanto más incomprensible es para nosotros el misterio en que la consideramos: y si este misterio es el último de su vida, ya podemos decir que hemos encontrado en materia de excelencias cuanto podíamos apetecer. Estamos en la Asuncion de Maria.

Como los ángeles aplauden y el mundo se cubre de luto; como los cielos están de gala y los hombres lloran; como el sagrado cuerpo de la Madre de Jesus ha desaparecido del sepulcro, arrancado de las garras de la corrupcion y de la muerte, no me ha quedado otro medio que preguntaros en esta mañana, *quæ est ista quæ ascendit de deserto?* ¿quién es esta que sube del desierto rebosando delicias y reclinada sobre su amado? ¡Admirable pregunta que tres veces se hace á sí mismo el Esposo al contemplar delante de sus ojos á la Esposa de los Cantares; ó, dicho todavia mejor, que el Espíritu Santo se hace y nos hace al ver subir á Maria en el dia de su Asuncion á los cielos: ¿quién es esta que sube por el desierto como una varilla de humo entre los aromas de la mirra y del incienso? *Quæ est ista?* ¿Quién es esta que sube del desierto como bañándose en un golfo de delicias, y reclinada dulcemente sobre el pecho del Amado á quien habia dado la sangre de su corazon? *Quæ est ista?* ¿Quién es esta que aparece elevándose como la aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol, y formidable como ejército bien disciplinado? ¿Quién es la que sube, cómo sube y para qué sube? *Quæ est ista?* Es decir, que el Espíritu Santo pregunta, y nosotros le vamos á contestar: ¿Quién es la que sube?

«No es fácil, dice Santo Tomás de Villanueva, no es fácil responder cumplidamente á esta pregunta, y yo digo todavia más: digo que es muy difícil.» El Santo Arzobispo de Valencia, tan enamorado de la Virgen, no encontrando recursos en la tierra, se sube á buscarlos en los cielos, que ciertamente es donde hay recursos para todo, y se figura que, no los hombres, sino los ángeles, son los que se preguntan: *¿Quæ est ista?* «¿Quién es esta?» «¿Y quién os contesta, ¡oh principes! prorumpe el siervo de Dios; quién satisface vuestros espirituales deseos? Si tuviera una voz metálica, si me hallara con cien bocas, si pudiera disponer de mil lenguas, no seria bastante para responder á lo que nos preguntais.

«Si se tratara de una Rebeca, os diria que subia una mujer

hermosísima; si de una Susana, una doncella castísima; si de una Abigail, una matrona prudentísima; si de una Judith, una heroica libertadora; pero se trata del Sol que disipa aquellas sombras, y de la realidad que desvanece aquellas figuras, Esa que sube es, á mi ver, aquella paloma que, saliendo del arca, portadora y mensajera de la esperanza, cuando al arca vuelve, vuelve para restablecer para siempre la paz en el corazon. Esta que sube, no es otra que aquella arca salvadora que vá elevándose sobre las corrompidas corrientes del mundo, y dentro de la cual se hospedan, no solamente los justos, sino tambien los pecadores; donde tiene palacio la Divinidad con todos sus prodigios, y refugio la humanidad con todas sus miserias. Esta que sube es aquella tórtola cuya sonora y apacible voz, habiéndose oido por espacio de sesenta y tres años en nuestra tierra, es decir, en este destierro, donde sólo se respiran amarguras, desengaños y sufrimiento, vá ahora á ser escuchada de los moradores y cortesanos del Rey inmortal de los siglos. Es la zarza incombustible sobre la cual Dios nos habla; es el vellocino á quien hermosea el rocío de los cielos; es la escala misteriosa por la que suben y bajan los ángeles, y en medio de la cual está Jesucristo; es la puerta oriental por la que únicamente entra y sale el Príncipe de las eternidades, y es la vara de Aaron, sobre cuya flor descansa nada menos que el Espíritu Santo.» Hasta aquí Santo Tomás de Villanueva.

«Esa que sube, dice San Proclo, ilustre Arzobispo de Constantinopla, es el puro tesoro, el ornamento de la virginidad, el paraíso espiritual del segundo Adán; aposento donde las dos naturalezas han celebrado su divino matrimonio; lecho imperial del Verbo Eterno; nube que ha llevado en su seno al que se sienta sobre los querubines; es la Esclava y la Madre, la Virgen y el cielo, y todo junto.» «Esa que sube, dice San Metodio, es la primera y más bella flor del mundo, la túnica sin mancha del que está envuelto en luz; es el pabellon del Espíritu Santo, y es el horno que el mismo Dios ha encendido en las llamas de su divino amor; es el templo del Salvador, el solio de la vida incorruptible, la carroza del sol ardiente, el arca de honor donde la misma gloria ha sido santificada; es el incomprensible secreto de la divina economía; flor inmarcitable, real vestidura, diadema imperial, trono de Dios, Reina de la sabiduria divina, gabinete de la vida: y...» «Y no puedo más, dice San Andrés de Creta, á quien acabais de escuchar; me faltan las palabras, son muy débiles mis conceptos para revelar los ardores de mi alma, cuando considero que la que sube no es otra que Maria Santísima, Madre de Dios y Madre de

los hombres:» y lo mismo digo yo. Pero, *quæ est ista?* ¿Quién es esta? ¿Cómo sube? Veamos.

Maria Santísima, católicos, ha concluido de hacer en el mundo cuanto la estaba encomendado. Habiendo terminado felizmente para nosotros la obra de la Redención, nada le resta á la Señora sinó emprender y continuar, para no concluirla nunca, la obra de mediación, de intercesión y de misericordia; obra que ha de realizarse especialísimamente en los cielos: la Madre de Dios ha sido sacada del seno de una modesta tumba, ha emprendido su jornada, y de seguro no ha de quedarse en la mitad del camino.

Sube Maria Santísima, y con decir el sagrado texto que asciende reclinada sobre el pecho de su Amado, parece que se dice cuanto podíamos desear. Sin embargo, cuando se trata de las glorias de la Virgen, es desmedida, es incalculable la ambición que se despliega en el espíritu cristiano. Maria sube, es verdad, reclinada sobre el pecho de Jesucristo, y aquí el Abad Gerson ya encuentra la Asunción de Maria más grande y más privilegiada que la ascensión del mismo Salvador; porque aquel, dice, fué recibido en el cielo sólo por los espíritus bienaventurados; pero Maria es traída, y es acompañada nada ménos que por el Hombre-Dios. Se ofrecen ahora á mi imaginación aquellas palabras de los libros santos: *Sub umbra illius quem desideraveram sedi*. Sentada subo á la sombra del que tanto amo y del que tanto deseaba; y me parece que veo á nuestra Madre y nuestra Reina apaciblemente descansando de las fatigas de su mismo amor, sombreada su cabeza por aquella otra cabeza que habia sido coronada de espinas; sombreado su corazón por aquel otro corazón que fué desgarrado con una lanza; sombreada como en el instante mismo en que asiente á la divina maternidad, con toda la virtud del Altísimo.

Sube Maria Santísima enriquecida de tres magníficas excelencias: excelencia de *naturaleza*, de *gracia* y de *gloria*, que explica así San Bernardino de Sena: «Excelencia de naturaleza, porque no existe en la Virgen el ¡ay! del rubor en la concepción, ni del trabajo en la gestación, ni del dolor en el alumbramiento. No la affige el ¡ay! de la concupiscencia, porque en ella no hubo pecado original; ni el ¡ay! de la culpa mortal ni venial, porque no las cometió; ni el ¡ay! de la pena que consiste en la separación del alma y en la desolución del cuerpo. Excelencia de gracia: de gracia corporal, por la virginidad en la carne; de gracia espiritual,

por la superabundancia de virtudes en la mente, y de gracia singular, por la presencia del Hijo de Dios en sus entrañas. Enriquecida de excelencia de gloria, porque, según aquella frase del Ángel, *Dominus tecum*, el Señor Dios todo estuvo, y está, y estará siempre con Maria Santísima. Está Dios, como Padre con su Hija; como Hijo con su Madre; como Espíritu Santo, Esposo con su Esposa: está Dios con Maria ántes del parto, prefigurándola; en el parto, santificándola, y después del parto, fecundizándola.»

Pero hay todavía más: si es natural que un hijo se parezca á su madre, y si es verdad que en una madre encontramos siempre rasgos muy semejantes á los de su hijo, Maria Santísima es igual, es idéntica con su Hijo Jesucristo. El Hijo sube á la Madre; la Madre déjase levantar hasta los cielos por su Hijo: Hijo y Madre son dos seres distintos, y si los consideramos, parecerá que sólo sube una sola persona. Me explicaré. La vida de Jesus en la tierra ha sido una vida de sacrificios sobre sacrificios: la vida de la Virgen puede asegurarse que ha sido un sólo y perpétuo sacrificio: sube, pues, Maria Santísima enaltecida con la gloria de este sacrificio de sacrificios.

La Virgen Santísima sube; pero, ¿cómo sube? «Sube sublimada en su cuerpo, según San Buenaventura, con las cuatro dotes del cuerpo glorioso; glorioso como no lo ha podido ser el cuerpo de ninguna criatura, á no ser el cuerpo de Jesucristo. Cuerpo glorioso en *claridad*, por su santidad; glorioso en *sutileza*, por su humildad; glorioso en *agilidad*, por su piedad; glorioso en *impasibilidad*, por su paciencia.» Sube enriquecida en su alma de una santidad como no conocieron, como no conocen, como no conocerán otra santidad todos los siglos y todos los pueblos del mundo, separando por su puesto la santidad de Dios, de quien Maria percibe la suya. Santidad mayor ella sola que la de todos los justos, la de todos los Santos, la de los espíritus angélicos reunidos; santidad mayor que la de cada uno individualmente considerado; santidad, por último, tan maravillosa, que hace que Maria Santísima, en su Asunción más que nunca, suba verdaderamente bendita por todas las generaciones.

Por eso, amados de mi corazón, ya no hay que extrañar que Maria suba á los cielos rebosando delicias: *Deliciis affluens*; porque, como dice un predicador muy entusiasta de la Señora, sube la Virgen, «bendita por haber sido Dios en Ella glorificado; bendita por haber causado la alegría de los ángeles; bendita por haber librado á los hombres; bendita por haber sido abatidos los demo-